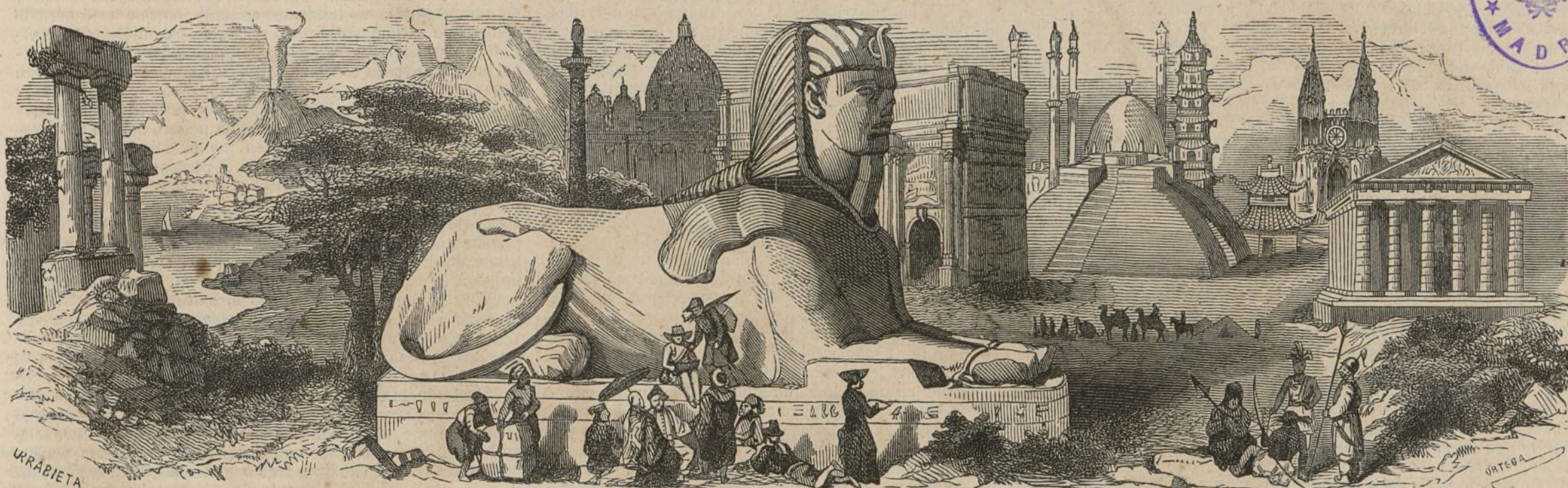


# EL UNIVERSO PINTORESCO,

PERIÓDICO QUINCENAL.

50, ENERO, 1855.



Precio en Madrid, por un año. . . . . 40 rs. Paris libreria española de Hidalgo, rue Pavé St. André núm. 3. En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.  
Id: en provincia enviándose por el correo. . . . . 50. REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID. Se suscribe en casa de los corresponsales del Estab. de Mellado.

## SUMARIO.

**ARTÍCULOS.** El Carnaval en Roma.—Revista interior en 1852.—Revista de Madrid, por don Esteban Garrido.—Leeuwarden.—Noticias religiosas.—Una historia que se parece a otras.—Un baile de más-

caras, por don A. Magariños de Cervantes.—Noticias generales.  
**GRABADOS.** El Carnaval en Roma.—Recuerdos de Frisa: mugeres frisonas, según el dibujo de M. Gauthier-Stirum.—La Ciudad de Leeuwarden, capital de la Frisa.—Corredores de canales.—Vendedor de queso y manteca de las inmediaciones de Sneek.—Los bailes: escenas de costumbres, nueve grabados.

## El Carnaval en Roma.

El carnaval se anuncia todos los años en Roma con las reglas y precauciones de uso. Nada se varia en cuanto al fondo



El Carnaval en Roma.



de las medidas administrativas; siempre es el mismo teatro decorado con igual aparato.

El carnaval de Roma aventaja en mucho á todos los de Venecia; es un fenómeno único, excepcional, en un pueblo excepcional tambien, y que todavia no tiene modelo ni copia. Esa poblacion *sui generis* debe desde luego ser considerada bajo el punto de vista que le es propio. Educada por los soberanos pontifices, es el resultado moral de su sistema eminentemente cristiano y no menos conservador de las ruinas paganas.

Ese sistema de política y de educacion, perpetuando hasta nuestros dias las tradiciones de la antigua Roma, las ha regenerado con una especie de bautismo é impregnado de un espíritu de delicadeza desconocido de los antiguos. Ya se acordarán nuestros lectores, *del panem et circenses*, que los emperadores, sumos pontifices del paganismo, daban á un pueblo voluptuoso y guerrero, ávido de hartarse con los despojos del mundo; pues bien, todos aquellos placeres carnales y sanguinarios, los ha reemplazado el nuevo pueblo pontificio con diversiones tan decentes como espontaneas, manifestaciones religiosas ó profanas, pero todas honestas, nobles y verdaderamente cristianas.

En las solemnidades de la Natividad, de la Epifanía, y de la Semana Santa, la antigua urbanidad del sacerdocio romano es universal como su fe, y su tolerancia es tal, que los mismos protestantes censuran algunas veces su esceso. El largo y glorioso reinado de Pio VI introdujo, ó mas bien desarrolló esa magnifica hospitalidad para con todos nuestros hermanos separados, sectarios indiferentes ó enemigos apasionados de la ortodoxia católica. Los representantes de todos los cultos y de todos los países pudieron pensar entonces en la unidad religiosa ó en una paz perpétua. Roma volvía á ser una arca de la alianza, y sus pompas religiosas, preludios de una armonía mas perfecta, brillaban ya para todos ellos sin escepcion.

La ciudad de la Fé daba igualmente en sus fiestas mundanas, como la del carnaval, el espectáculo de una liberalidad desconocida á todas las capitales políticas de la Europa. Pio VI permitió al pueblo romano el hacer los honores, y ese pueblo lo desempeña con una maestría que solo ha podido sobrepujar en el pontificado de Pio IX, cuando gritaba lleno de esperanza: *Adesso se rillorna al tempo del Braschi!*...

Para apreciar bien el carnaval de Roma, es preciso que nos remontemos á Pio VI que publicó su ley fundamental, cuando tan hábil príncipe como santo pontifice atraía á Roma innumerables extranjeros, y convertía las fiestas de la paz y de la religion en uno de los mas curiosos resortes de su gobierno. Los reglamentos de aquella época se han observado hasta ahora casi á la letra, y fruto de aquel reinado esplendoroso, se nos presenta en la actualidad el fenómeno mas curioso de las costumbres romanas, como una institucion verdaderamente pontificia.

En ella fué prescripto, en primer lugar, el mas profundo respeto á la modestia y al decoro, bajo penas las mas severas y prontas, por decreto de 28 de enero de 1780. Asi es, que en nombre de las buenas costumbres y de la educacion, se prohibe usar disfraces indecentes: se prohibe, bajo pena de prision, insultar á los hebreos de palabra ó con vias de hecho: se prohibe á las mugeres de mala vida el disfrazarse de modo alguno y el tomar parte en las diversiones que harian degenerar en licencia: se prohibe llevar ninguna especie de armas ofensivas, bajo la pena de cinco años de presidio al que hiciere la mas leve demostracion de servirse de ellas, y la de presidio perpétuo al que causare heridas: en fin, el patibulo y el castigo de la cuerda se hallaban preparados y no habia remision para los atentados del carnaval á pesar de tantas indulgencias plenarias concedidas á los demas delitos (1).

Promulgada la ley, queda establecida la libertad de las diversiones y reuniones durante los ocho dias del carnaval con una latitud que asustaria á cualquiera otro gobierno que el de Roma. A las dos de la tarde el *Corso*, ese salon del pueblo romano, se halla ya invadido por una multitud de curiosos: en la esquina de cada una de las calles adyacentes se coloca un dragon á caballo, único aparato de fuerza militar: luego cuando la campana del Capitolio hace la señal, las autoridades municipales inauguran solemnemente la fiesta. Su dorado carruaje pasa y vuelve á pasar, y despues de este grave paseo, á las escaramuzas aisladas, sucede una explosion de mil municiones de guerra. Los proyectiles vuelan por todas partes. Los que están en los balcones luchan con los que pasan á pie, y estos con centenares de brillantes trenes que corren en dos filas y en sentido inverso haciendo girar como un remolino y sin descanso á la multitud que los acosa.

Las pastillas, anises y ramilletes, son las armas de aquella refriega universal. Los anises, llamados *confetti*, no siempre son dulces, el almidon y la harina dominan en ellos mas que el azúcar: algunas veces los componen tambien ilegalmente con argamasa y puzzolana, pero con tal que el pobre que los fabrica lleve su merecido, y que todo el mundo esté contento, no se fija la atencion en esas pequeñeces, sobre todo en una batalla en que los mas orgullosos patricios figuran intrépidamente con blusa.

La disposicion de los lugares se presta ademas muy bien á la manifestacion del júbilo comun. Desde la plaza del *Pópolo* á la de Venecia, el *Corso* no es mas que un inmenso teatro en línea recta con plazas laterales reservadas á las tropas y músicas militares, y con palacios cuyas galerías y balcones llenos de brillantes colgaduras se estienden por mas de una milla de largo. Allí, participando de la alegría de todos, cada uno armado con confites y ramilletes es á la vez vencedor y vencido, espectáculo y espectador. Los cambios y los desafíos mantienen tambien á la multitud en un movimiento eléctrico y perpétuo. Y con esa provocacion universal de dulces y vivas galanterías, Roma se presenta como en revista á los observadores viajeros de todas las naciones.

Estos á su vez se distinguen allí por medio de sus representantes. Aquí los flemáticos ingleses vuelcan sobre los transeuntes cajas llenas de *confetti* y abruman á los grupos mas

elegantes sin concederles el honor de una sonrisa. Los franceses, con su reprimida vivacidad, hacen mejor uso de los proyectiles, y dicen como en Fontenoy: *Señores, tirad los primeros*. Los romanos prefieren decididamente los ramilletes, los cambios graciosos, y aun han inventado instrumentos para dirigirlos con delicadeza hasta los segundos pisos.

Algunos episodios burlescos suelen animar la fiesta. En 1847, lord Howard, el gigante de los *confetti*, los arrojaba con seriedad á veinte y treinta libras. Como verdadero *matador* británico, hacia doblegarse á algunos con el peso de sus galanterías, y si los que pasaban le contestaban con naranjas y patatas, bajaba osadamente á la calle para reñir á puñadas y desafiar al pueblo romano. En vano los carabineros le protegían y le decían que mirase por sí mismo: hasta despues de haber provocado al *Corso* y todas las calles adyacentes, no volvió á subirse á su balcon, á esparcir la distribucion acostumbrada de sus municiones de guerra. La cordial inteligencia de los combatientes le saludó con una carcajada, y todos convinieron en que solo un extranjero podia aventurarse á interrumpir la fiesta. Los extranjeros, sorprendidos de verse tan bien recibidos por los romanos, y de que estos se traten como hermanos, se entregan á esa fraternidad universal, y creen preludiar los juegos de una armonía futura.

Añádase á esto, que para gozar plenamente de ese carnaval, es preciso ser ó hacerse romano de raza pura: es necesario tener en el corazon con qué corresponder á la jovial hospitalidad que distingue á los habitantes del *Corso*. Desgraciados de los que tengan el aire demasiado aristocrático de la Inglaterra ó de la Alemania: el supremo placer es enconfitar á aquellos elegantes, y desgraciados tres veces los que se quejen, porque entonces todos procurarán á porfía abrumarlos y reirse á sus espensas. Luego cada uno vuelve á los ramilletes acompañados de graciosas sonrisas, á los equívocos y á los ataques imprevistos con las lindas que pasan á su lado, y con todos los transeuntes de buen humor. La bondadosa amabilidad de la nobleza romana, que responde á todos los ataques y provoca sin distincion á las personas que van á pie ó en carruaje, y las que se hallan asomadas á los balcones, no es lo que menos contribuye á hacer esa fiesta eminentemente popular. En Inglaterra seria necesario ser previamente presentado á las personas para tener con ellas semejantes libertades. En Francia, y tal vez en Alemania, los elegantes no se ocuparían mas que de sus bellas ó de sus conocidos particulares. Solo en Roma es universal el arrebató y el júbilo sin mezcla de vanidad, se apodera de toda una poblacion. Inútil seria el querer pintar lo que es imposible concebir aun sobre el mismo terreno, las ondulaciones de la multitud, y las dos filas de carruages que cruzándose al trote largo mantienen á todos alerta, movimiento continuo, *crescendo* contagioso que llega á ser un delirio inexplicable, y que como una botella de Champaña se sube á la cabeza lo mismo á los actores que á los que la presencian. Pues bien, en esa arrebatadora *fantasia* jamás ocurre la menor queja ni el menor incidente desagradable. Solo suelen desaparecer algunos pañuelos robados por los pilluelos que recogen los ramilletes caidos para volvérselos á vender á los combatientes desprovistos de municiones. Semejante fiesta ¿no es el delirio de todo un pueblo? Si, pero si la embriaguez descubre el fondo del corazon del hombre, ¿qué pueblo mas verdaderamente amigo del orden y de la dignidad que ese pueblo romano en medio de los placeres tan villanamente calumniado?...

A las cinco de la tarde el cañon del Capitolio hace una señal bien comprendida por todos. El dragon colocado en cada una de las esquinas de las calles adyacentes, entra en el *Corso* y hace salir á los carruages por el punto que les estaba confiado. En dos minutos, y como por encanto, el *Corso* se ve desembarazado de la multitud de carruages que le obstruían. Es un momento de tregua, y reina un silencio profundo. Mientras que los soldados procuran en vano hacer que la multitud se repliegue á las aceras de la calle, los dragones avanzan al trote y luego vuelven á pasar al galope para abrir el paso necesario para una carrera de caballos medio salvajes ó selváticos. Se hace la última señal, y aquellos caballos sin ginetes, pero cargados de dardos y petardos que los irritan, se lanzan asustados como el caballo de Mazzepe entre los gritos de la multitud que se abre para dejarles paso. Esta carrera fantástica al aproximarse la noche sirve á un tiempo mismo de desahogo y de preparacion para nuevos placeres.

En efecto, apenas han sido distribuidos los premios de la carrera, los carruages vuelven á entrar en el *Corso* con provisiones de nueva especie. La batalla de los ramilletes se renueva con vigor por algunos instantes, pero muda de carácter. Es la hora de los *moccocetti*, en que por encima de la multitud se encienden mas de cien mil bujías; en los balcones, los andenes á pie ó en carruaje, cada uno procura apagar las luces de los grupos rivales. La lucha llega á ser tenaz y las carcajadas aturden. *Senza moccoco! Senza moccoco!* es el grito provocador que resuena por todas partes, y los pilluelos de Roma le cantan á paso de carga con un tono particular. Figúrense nuestros lectores ese espectáculo extraño é indescribible!... Una línea de fuego ondulante de mas de un cuarto de legua de estension hasta en los pisos mas elevados de los palacios, y los esfuerzos de cada uno en apagar lo que todos procuran con ahinco encender. El incendio parece universal, y sin embargo, es el único dia en que los bomberos están dispensados de velar por la seguridad de la ciudad.

Estos recuerdos de 1847 no tendrán seguramente mas mérito que el de la exactitud, pero en nuestra opinion es lo esencial para demostrar que el carnaval en cuestion es un fenómeno particular del clima en que vivían en otro tiempo los romanos. Esta fiesta municipal, eclipsa, en efecto todas las demas conocidas; es la obra maestra de una policia bien entendida y de un pueblo celoso en que el orden y la libertad forman siempre parte de sus placeres; diversiones de música, de adornos, de trages antiguos, de flores nuevas, de paseos en carruaje, de carreras de caballos é iluminaciones. Acumulados en una calle magnífica y sobre la inmensa multitud, duran ocho dias, que transcurren entre regocijos hasta la saciedad, de modo que hacen aceptar la cuaresma sino como una época religiosa, como un tiempo de reposo físicamente indispensable.

## Revista interior de 1852.

La falta de espacio nos obligó el número pasado á dejar incompleta la revista general del año que ha concluido, en lo relativo á lo interior; vamos á ampliar este trabajo, aunque no ya con la estension que habíamos meditado por parecerse que ha perdido en gran parte su interés de oportunidad, y desde el número próximo, principiarán las revistas, no quincenales como habíamos ofrecido, porque este periodo vemos que es demasiado corto para nuestro objeto, sino *mensuales*, abrazando en ellas los acontecimientos de alguna importancia de todas clases y de todos los países, que ocurran ó se tenga noticia en el transcurso del mes.

Dijimos que el año 52 habia pasado tranquilo para España, y fuera del atentado que puso en peligro la vida de nuestra adorada reina, que tambien mencionamos, los hechos dignos de apuntarse, se reducen á la reunion de córtes en 1.º de diciembre, á la eleccion del señor Martinez de la Rosa para presidente del Congreso, á la disolucion de este al dia siguiente, convocando nuevas córtes para el 1.º de marzo próximo; á la publicacion de los proyectos de reforma constitucional del ministerio presidido por el señor Bravo Murillo, y á la caída de este ministerio y su reemplazo con el que hoy existe, el 14 del mismo mes de diciembre. Ni nos es permitido, ni entra en nuestro plan, analizar las causas y los efectos de los sucesos que acabamos de mencionar; los consignamos como hechos históricos, y dejamos á otros el cuidado de comentarlos.

Efecto de la misma tranquilidad y sosiego que se ha disfrutado, las obras públicas durante el año 1852 han seguido el impulso que en estos últimos tiempos recibieron, sobre todo en lo relativo á vias de comunicacion, que es nuestra verdadera necesidad. Hasta hace tres ó cuatro años el presupuesto de este ramo era insignificante, y no bastaba con mucho á cubrir las atenciones de conservacion. Para que se vea lo poco que se ha empleado en nuestras carreteras, basta decir que los gastos del empedrado de Madrid absorbían anualmente una suma casi igual á la que se destinaba á todos los caminos de nuestra península.

Las carreteras ó caminos ordinarios son el primer eslabon de la cadena que forman las vias de trasportes, aunque esto no quiere decir que para establecer otras mas modernas, de que luego hablaremos, sea necesario pasar por estas como algunos pretenden, lo cual es un error. No nos es posible enumerar todas las leguas de carretera que en el año terminado se han abierto á la circulacion, ni las que se han comenzado. Pocas provincias hay que no hayan visto en su territorio inaugurar alguna nueva legua de carretera, y aun cuando suele darse á esto poca importancia, considérese lo que seria España si desde principios del siglo, ó desde el año 14 al menos, se hubiera seguido esta marcha, como ha sucedido en otras naciones.

Lo que importa consignar al pasar revista á los trabajos de carreteras de este último año, es un hecho que producirá sus resultados en el corriente. Nuestros caminos, en cuya conservacion tan poco se ha invertido, han recibido fuertes consignaciones en los últimos meses, con las cuales se han acopiado grandes cantidades de materiales necesarios para trasformarlos por completo, haciendo que desaparezcan los baches y desigualdades que hoy se observan en ellos. En la próxima primavera, la carretera de Francia y otras de igual importancia deben esperar un cambio radical.

Las vias que mas han llamado la atencion durante el año último, son los *ferro-carriles*. Los caminos de hierro son ya una necesidad de que no puede prescindir el país. Hace tiempo que los gobiernos de España se habian propuesto dar grande impulso á estas obras, pero hasta ahora los resultados son proporcionalmente mezquinos; dejando aparte las concesiones de líneas, que son muchas, la verdad es que solo teníamos en 1.º de enero 25 1/8 leguas en explotacion de esta manera:

Barcelona á Mataró. . . . .	3
Madrid á Aranjuez. . . . .	85 1/4
Grao á Benilayó. . . . .	4 1/2
Langreo á Gijón. . . . .	4 7/8

Es probable que en el año corriente se abran en la línea de Madrid á Valencia parte del trozo de Aranjuez á Albacete por este lado, y el que llegue á Jativa por el otro, asi como tambien quedará corriente la via de Langreo, cuya circulacion está suspendida.

Los ferro-carriles cuyas obras se han comenzado el año anterior, son: el de Aranjuez á Almansa que tiene 261 kilómetros ó 47 leguas, en el mes de marzo; el de Alar á Santander, con presencia del rey, cuya estension es de unas 28 leguas, en mayo; el de Jerez á Cádiz, de 24,202 metros ó 4 1/5 leguas, en mayo tambien; el de Barcelona á Granollers, de 29,519 metros ó 5 1/5 leguas; y por último, en diciembre, el de Ciudad Real á Socuéllamos (por haberse cambiado la union de Alcázar de San Juan), de unas 18 leguas.

De la línea de Aranjuez á Almansa está esplanada una gran parte hasta Albacete, y hay colocados carriles en unas 2 1/2 leguas desde Aranjuez en adelante. Las noticias de que se abrirá el trozo hasta Tembleque en este ó el próximo mes, son paparruchas que convendría evitar se extendieran, porque á nada contribuyen sino á dar ideas equivocadas. En el de Alar á Santander no está aun completamente resuelto el paso que se presenta para bajar desde la parte elevada de la *montaña* á la costa. Las obras del de Jerez á Cádiz, deberán terminarse en 1854, y en el mismo año las del de Barcelona á Granollers; y tambien es de presumir que en 1853 se dé á la circulacion el de Socuéllamos á Ciudad Real.

Fuera de las carreteras y caminos de hierro, solo podemos citar entre las obras públicas, los adelantos hechos en los trabajos del canal de Isabel II para traer á Madrid las aguas del río Lozoya; los de los puertos de San Sebastian, Culler y del Grao de Valencia, y los muy importantes de los faros de Machichaco, Finisterre y Peñas, que se han iluminado en dicho año de 52. En punto á telégrafos no se ha hecho mas que mandar construir por el sistema eléctrico la línea de Madrid á Barcelona por Zaragoza para que sirva de ensayo.

En otros ramos, y especialmente en el de instruccion pública, tambien se han hecho reformas, cuyo resultado no es



posible apreciar de pronto; una cosa hay de cierto, sin embargo, y es que desde el momento en que dejándose de generalidades se toma uno la molestia de apuntar todo lo que se ha hecho para mejorar nuestra situación desde el año 1859, en que acabó la guerra civil, hasta hoy, se ve demostrado que lleva mucha ventaja este período a los cien años anteriores, y eso que estos cien años comprenden el reinado de Carlos III, que es uno de los mas notables en todos conceptos.

### Revista de Madrid.

¿Quién canta de noche?  
¿Quién habla de día?  
¿Quién hay que nos lea?  
¿Quién que nos escriba?

(ROMANCERO GENERAL).

Hémos aquí de nuevo, lector benévolo, saliendo a luz en este rincón del *Universo* al cumplirse el plazo que para nuestra periódica aparición tenemos señalado; plazo fatal, cuyo cumplimiento no está en nuestra mano retardar un solo instante, como no le es dado al sol retardar su salida en el punto y hora que le tiene marcada el Criador. De donde resulta, en el supuesto de que el sol tenga salidas (cosa que para nosotros aun está sin averiguar), que tenemos algo de común con él. No es tanto, sin embargo, nuestro orgullo, que pensemos por esto ser unos astros luminosos, ó como quien dice, unos soles brillantes en el *Universo Pintoresco*; no creas que tal creemos, lector bonísimo, ni tú, bellísima lectora; antes bien nos persuadimos (tanta es nuestra modestia), no ya de que estamos muy lejos de parecerlos al sol, pero ni siquiera a la luna y demas cuerpos opacos (vulgo planetas) que ruedan magestuosamente por el espacio. Porque a estos no les falta, siquiera sea prestada, algun tantico de luz con que brillar por la noche a nuestros ojos sobre el fondo oscuro del cielo; pero a nosotros, en nuestra calidad de escritores, solo nos está reservado el triste derecho de llenar de tinta el papel, *mettre du noir sur le blanc*, como decia Voltaire, esto es, hacer de lo blanco negro.

Meterme yo ahora á investigar por qué razon (hablando en general), la tinta es negra y el papel blanco, pudiendo ser al revés, blanca la tinta y el papel negro, de donde resultaría (precisamente á la inversa de lo que ahora sucede), que cuanto mas se escribiese se iría viendo mas claro; meterme yo, digo, en semejante averiguacion, seria lo mismo que buscar la cuadratura del círculo. Ademas yo pienso (este es solo pensamiento mio y no debe nada á nadie), que semejante tarea, con todas las apariencias inocentes de una simple exploracion científica, y si se quiere literaria, podria conducirnos lejos, muy lejos, por terrenos resbaladizos ó escabrosos, y por mares desconocidos (*signos*) los llama elegantísimamente un celeberrimo poeta contemporáneo), donde hallásemos quizá, como decia Sancho, mucho molimiento y mucha mala ventura. Así, pues, abandonaremos por temerario semejante proyecto, y sin salirnos un ápice de nuestro propio terreno, diremos con Lope de Vega:

Con esto, lector, que digo,  
Y lo que paso en silencio,  
A mis soledades voy,  
De mis soledades vengo,  
Porque para andar conmigo  
Me bastan mis pensamientos.

¿Así me bastaran tambien para llenar esta revista! Pero ¿qué seria una revista de Madrid llena de pensamientos, y sobre todo de pensamientos míos? Yo que para elaborar uno solo acostumbro pasarme en claro una semana, y le doy luego á luz lánguido, tético, enjuto y desmayado como el padre que le engendró; yo, que no puedo decir como Quevedo, *cuajada tengo la cabeza en sesos*, tengo que andar echando los bofes por esas calles en el intervalo de una á otra de mis apariciones, buscando pensamientos agenos con que, á falta de los míos, pueda rellenar el trozo que me está confiado en la fabricacion del *Universo*. Y acosado por esta necesidad voy y vengo, como lanzadera de tejedor, de un teatro á otro teatro, y de uno en otro rincón, preguntando á éste, interpellando al otro, deteniendo al de mas allá, para que me provean de noticias, repitiendo en fin en todas partes y por todos los tonos estas ó semejantes palabras:

¿Quién canta de noche?  
¿Quién habla de día?  
¿Quién hay que nos lea?  
¿Quién que nos escriba?

preguntas de un antiguo autor anónimo, el cual sin duda debió de ser allá en sus tiempos una especie de periodista revisador, si es que en ellos habia periódicos y revistas. Y ve aquí, oh lector, con qué suavidad, gracia y sutileza he venido á darte una esplicacion satisfactoria del epigrafe con que principia este artículo, epigrafe cuya aplicacion no seria facil que tú pudieras entender en otro caso, como á mí me acontecia antes de ahora bastante á menudo cuando veia autorizar con citas del Evangelio y de Confucio, de Aristóteles y de los santos padres algun profundo artículo crítico-filosófico-moral, á propósito de un sainete, de un romance de ciego ó otro tal y tan sublime engendro literario. Pero ¿qué le hemos de hacer, amigo lector? Cada uno es cada uno, y yo me soy así, como Dios y mis padres me han hecho; y para que veas hasta dónde llega mi carácter bonachon y candoroso, voy á confesarte una cosa, si antes me das palabra de no contársela á nadie. Has de saber que esto de las citas y epigramas es mi comodilla, y que me chupo tras ellos los dedos desde que les he tomado el gusto. Y la cosa no es para menos, porque aun cuando tenga yo, como te he dicho, no muy cuajada la cabeza en sesos, gozo, sin embargo, (y apelo á tu testimonio), de una gran reputacion por muchos envidiada, aunque no me atrevo á decir envidiable, de ciencia y erudicion, cuyo secreto se cifra todo en la siguiente receta: tomarás un *Diccionario Francés-Español*; item los sesenta tomos (ó los

que sean) del *Diccionario de la Conversacion* ó de alguna otra enciclopedia; item las traducciones que puedas de los autores griegos, latinos, ingleses, alemanes, persas, chinos, caldeos, etc., etc., todo por supuesto ha de ser de fábrica francesa, con estos elementos, y tomando la precaucion de no incurrir en algun leve descuido al *verter al español* (antes se decia traducir al castellano), los nombres, verbos, pronombres, adverbios y algunas otras partes de la oracion; con no llamar *Bala* á *Basilea*, *Génoa* á *Ginebra*, *Asia Minaura* al *Asia Menor*, ni *minauros* á sus habitantes, *et sic de ceteris*; con esto, digo, tienes bastante, y aun te sobra, para acreditarte de hombre eminente, crítico profundo, literato *mollis atque facetus*, como diria un pedante. El procedimiento para llegar á este fin consiste en un mecanismo tan ingenioso como sencillo: colócate en tu bufete rodeado de todos los antedichos petrechos, y desplega las alas de tu lozana imaginacion buscando objetos acerca de los cuales te convenga escribir: de teatros, por ejemplo: abres la enciclopedia por la letra T, y al cabo de pocos instantes te encuentras frente á frente con todos los que hubo en el mundo, desde la informe carreta de Thespis hasta el teatro Real de Madrid, con su historia, su forma, su nombre, sus altos y bajos, sus glorias, su ruina, en una palabra, con todos los ingredientes necesarios para confeccionar una disertacion deliciosa, ó dos, ó tres, ó cuatro, segun la comezon de escribir que te aqueje. Y aquí entra luego lo de las citas y epigramas; tú sabrás sin duda (y si no ya te lo habra hecho saber para entonces la Enciclopedia) que Aristóteles habló de teatros, y Horacio tambien, y los santos padres: tal vez la susodicha enciclopedia cite algunos pasajes; pero sino, tú los buscas (esto no es mas que cuestion de tiempo y paciencia) en el testo francés, que tienes, ó debes tener, al alcance de tu mano: hallado ya el pasaje ó pasajes que á tu juicio vengán allí á pelo, los *viertes al español*, los colocas á la cabeza de tu escrito en forma de *epigrafe*, los queogas por las márgenes en forma de *arracadas*, los rebutes en el testo á manera de ladrillos en un tabique, ó los depositas en la parte inferior de las páginas con el apodo de *notas*, y *laus tibi Cristi*, ya no tienes que hacer mas sino enviar tus cuartillas á la imprenta y echarte á dormir, seguro de que al despertar te hallarás con una reputacion hecha y derecha, que no habrá mas que pedir. Este es mi secreto, el cual hube yo hace algun tiempo de un cierto mi vecino, á quien nunca se lo podré agradecer bastante (lo mismo espero que tú, amado lector, hagas conmigo), y con el cual me va perfectamente. Solo te vuelvo á pedir que no lo divulgues, porque supongo que no ignoras aquel principio *económico* de que la abundancia abarata las cosas. (Que seria de tí, de mí y de él (hablo del otro amigo), si divulgado el secreto lo atrapasé la multitud, y haciéndonos una mortífera competencia redujera de este modo nuestra fama y nuestras obras á su natural valor!

Pero yo me voy olvidando, por hacerte tan señalada merced como la que te acabo de hacer, de que estoy escribiendo una revista, de que el impresor espera, el tiempo urge, y hasta ahora nada he dicho que valga la pena, ni á revista se parezca. En una revista hay que hablar de teatros, de paseos, de bailes, en fin, de todo, menos de lo que yo, por amor tuyo, he venido hablando hasta ahora: y aun sera posible que no me lo agradezcas, lector ingrato. Te dejo, pues, entregado á tí propio, para que medites mi consejo y aproveches mi receta; y vuelvo mis ojos en busca de alguna bella lectora á quien poner al corriente, como Dios me dé á entender, de las novedades teatrales, ó de otra cualquier especie que hayan ocurrido desde mi revista anterior.

Ante todo, lectora amabilísima, (que por fuerza has de ser una cosa y otra si te dignas leer lo que yo escribo), debo pedir tu venia para no hablarte de todo lo que haya de nuevo, sino solo de aquello que á mi juicio merezca ser de tí sabido.

En tal concepto, te diré que, si ya no lo has hecho á estas horas, vayas al teatro del Principe. Allí verás á *Sullivan*, comedia en tres actos, y *famosa* en Francia, donde dicen que goza de mucha fama (nadie tiene mas que la que le quieren dar), *famosa* tambien en España, y sobre todo en Madrid, donde todo el mundo habla de ella, y sobre todo en el susodicho teatro, donde todas las noches la aplauden estrepitosamente. Vete, pues, á ver á *Sullivan*, amable lectora, y pasarás un buen rato, por lo menos, con tres cosas: la primera, con *Julian Romea*, á quien ruego (entre paréntesis) que me perdone, si por el giro de la frase parece que le colocó en la categoria de *cosa*, puesto que yo le tengo por persona, y persona que, como tal, vale mucho, que no vale menos como literato y poeta, y que aun vale mucho mas como actor eminente. Vete, pues, al Principe, vuelvo á decir, si quieres gozar un buen rato viendo á *Romea* hacer lo que siempre, es decir, trabajar con maestria. Fuera de esto, y de las otras dos cosas, que son el tartamudeo de Guzman, y la suntuosidad con que se presenta la escena, ¿qué quieres tú que yo te diga de la comedia? Anda, anda á verla, y despues me dirás lo que á tí te parece.

Tambien te aconsejo que vayas á *Variedades*. Allí se ha estrenado, y sigue ejecutándose con mucho aplauso y aceptacion otra comedia que no goza fama todavía sino en España, porque has de saber de la tal que es española castiza por todos cuatro costados: su autor se llama don Luis de Eguilaz, es bastante jóven, aunque no tanto que no haya tenido ya tiempo de sobra para probar una porcion de verdades en el mundo, y sobre todo en la corte, *«donde tantos (como decia nuestro gran Quevedo) son forzados á reir sus lágrimas.»* El caso es que debieron de saberle muy mal, y haciendo de ellas un racimo, se las ha dado á gustar al público colocadas en una comedia en tres actos, rebozadas con muy buenos versos, y servidas á los espectadores por Arjona, la Teodora y sus consocios, con una delicadeza y una elegancia estremadas. Vete, pues, tambien lectora mia, á tomar el gusto á esas *Verdades amargas* del señor Eguilaz; y no te retraiga su título, porque si eres, como presumo, aficionada á las acetiunas, sabrás que en la primera que se come suele encontrarse algun tanto de amargo; pero en comiendo la segunda ya apenas se nota, y desde la tercera en adelante en lugar de amargura se va percibiendo un sabor tan delicado, que no sabe uno dejarlas hasta comérselas todas. Lo mismo me ha sucedido á mí con esa comedia: á medida que la iba saboreando, iba hallándola de mejor gusto, y cuando despues de concluida me retiraba á mi casa, iba relamiéndome los labios por el camino. Esto mismo habrá de suceder á los demas segun

mi opinion, salva la que tú formes. Y como sé que has de ir, aunque no sea mas que por curiosidad, (ó no habias de ser hija de Eva) no quiero entrar en pormenores, ni explicarte quien es él ni quien es ella, ni si hay amores ó muertes, ó si acaba en casamiento. Cuando tú la hayas visto, ó yo me equivoque mucho, ó has de opinar como yo.

De otra novedad voy á hablarte, que es en punto á novedades, y sobre todo á novedades mugeriles, lo que en los castillos de pólvora se suele llamar el trueno gordo, por cuya razon la he dejado para dar fin con ella y remate oportuno á esta revista. Apostaria algo de bueno á que ya has adivinado de que se trata: porque, ó tú has de ser ciega y sorda, ó has debido ya oír ó leer algo de lo mucho que se ha escrito y hablado, de ocho dias á esta parte, sobre el casamiento del emperador de los franceses. Así, pues, por no repetir lo que otros han dicho, estaba casi por no decir nada sobre asunto tan notable. Una consideracion empero me retrae de este propósito, y es que no solo habeis de leerme vosotras, hermosas lectoras madrileñas, sino que tambien hay lectoras por esas provincias, y lectoras bonitas: á estas, pues, me dirijo, y en obsequio suyo voy á tocar ligeramente este punto. Sabed, pues, lectoras de provincia, que el emperador de los franceses, Napoleon III, ha resuelto tomar esposa: esto quizá no es nuevo ya á estas horas para vosotras, como no lo es ya hace dias para nadie. Acaso no ignoreis tampoco que esta resolucion se comunicó oficial y solemnemente por el emperador á los altos cuerpos y dignatarios del imperio: tal vez sabreis tambien que la esposa elegida, y que debe ocupar actualmente el tálamo imperial, es compatriota vuestra; supongo además que tampoco os cogerá de sorpresa, si os digo que la (á estas horas) emperatriz de los franceses es Maria Eugenia de Guzman y Portocarrero, dos veces Grande de España, condesa de Téba, marquesa de Ardales, de Osera, de Moya, condesa de Ablitas, de Baños, de Mora, de Santa Cruz de la Sierra, y vizcondesa de la Calzada: creo que no os halle desprevénidas la noticia de su peregrina hermosura, que ha publicado con cien trompetas la fama por todas partes: pero á pesar de todo, yo sé que os queda en el fondo del alma un deseo punzante: vosotras, que no habeis tenido la dicha de mirarla frente á frente, y contemplar siquiera algunos momentos sus dulces ojos y sus blondos cabellos, vosotras seriais capaces de ofrecer un beso de vuestros labios sonrosados á quien os hiciese su retrato: yo, pues, contando con que cumplais tan seductora oferta cuando lleguemos á vernos, voy á satisfacer vuestra curiosidad: estadme atentas; ¿conoce alguna de vosotras la Julieta de Shakespeare, casta y pura idealizacion del amor juvenil en el corazón de la muger? ¿conoce á la altiva y animosa Miss Vernon, personificacion en el Rob-Roy de Walter Scott del noble orgullo en la muger que conoce su dignidad y su fuerza? ¿teneis noticia de la dulcísima Ofelia, flor delicada cuyo aroma suave refresca el alma en medio de los horrores del Hamlet? Pero, señor, ¿adonde voy á daros conigo? Perdonad, amabilísimas lectoras, si os digo que me es imposible pintarla: reprimid vuestra impaciencia por algunas semanas, y un grabado de Calamatta, una litografia de Noël, de Morin, y tantos otros como emplearán el buril y el lápiz reproduciendo en Paris su imagen á millones, para inundar con ella todos los ámbitos del globo, os la dará á conocer mejor sin duda alguna que todas las pálidas descripciones que pudiera hacerlos vuestro afectísimo amigo

ESTEBAN GARRIDO.

### Revista de variedades.

**NOTICIAS RELIGIOSAS.** La magestad del celeste imperio ha mandado expedir el siguiente edicto, cuyo contenido forma verdaderamente contraste con la intolerancia de que hacen alarde algunas de las naciones civilizadas.

«Kijing, el ilustrísimo procurador de S. M. el emperador de la China, hace saber al enviado ministro plenipotenciario de la Gran Bretaña, que el permiso conferido y consignado en el tratado comercial con los Estados Unidos del Norte de América, relativo al establecimiento de templos cristianos en cinco de los mas principales puertos de mar, se hace estensivo á todas las naciones sin escepcion alguna.

»Me ha hecho presente el enviado francés, señor Lagrené, la conveniencia de que diéramos medidas enérgicas y eficaces, á fin de evitar los vejámenes que en algunos puntos de nuestro celeste imperio tienen que sufrir los cristianos de parte de los indígenas. Yo, el procurador general y ministro supremo, he dado cuenta á la corte, y ha recaído la inmediata concesion á la demanda, y declarándose el gobierno de S. M. protector de todas las creencias religiosas, dictará medidas oportunas para que no se repitan los escesos cometidos contra oratorios, cruces y demas imágenes sagradas del culto cristiano. Basta que sean virtuosos ciudadanos, adoren ó no imágenes. El honorable embajador puede en esta parte tranquilizarse, y tener la seguridad del mas estricto cumplimiento de lo que prometemos.»

**MAVEGACION:** Los lectores del *Album*, periódico que publicamos semanalmente, habrán visto en un artículo inserto en el número 59, titulado *La navegacion en las aguas occidentales del Norte América*, el grande abandono que hay en la explotacion de los vapores. Hoy podemos añadir otra desgracia recientemente ocurrida sobre el rio Missisipi, en cuyas aguas se han incendiado por dar á la máquina demasiada fuerza dos vapores, cuyo cargamento ascenderia á 150,000 dollars (1 dollar 20 rs. y 20 mrs.)

### Lecuwarden.

En el número anterior hemos hablado de una pequeña villa de la Frisa llamada Hindelopen valiéndonos para ello de los trabajos de Mr. Gauthier-Stirum; hoy vamos á ocuparnos, siguiendo al mismo autor, de la capital de esta provincia, la mas curiosa y menos conocida de todas.

Si la Holanda propiamente dicha pierde poco á poco su carácter original, la Frisa conserva religiosamente el suyo. Desde Rotterdam á la Haya y Amsterdam, un camino de hierro contribuye á hacer que vayan cayendo en desuso los an-



tiguos medios de comunicacion, que en las provincias del Norte, no tienen que temer todavia ninguna competencia. Asi es, que en *treckschuit* y no en wagon llegaremos á Leeuwarden, capital de la Frisa.

El *treckschuit* es, ó mas bien era antes de la invencion del vapor, el vehiculo favorito de los holandeses. Figuraos, si queréis tener una idea de él, una barca cubierta, dividida en dos compartimientos. En el que está situado junto á la proa (*ruim*), se colocan los equipages, los barriles de manteca y de arenques y los viajeros pobres, que por algunos *dobbelle* se dirigen, medio dormidos y fumando desde una poblacion á otra: en el segundo, que llaman *roef*, se acomoda la gente aristocrática, que no teme pagar una tercera parte mas y la propina. Allí se halla el gubernalle ó timon, el piloto, es decir, el alma y la inteligencia del navio ambulante. Al extremo del *treckschuit*, se halla una larga cuerda tirada por un caballo flaco, que lleva en su huesudo lomo un ginete con una trompeta de hoja de lata en la mano, en forma de trompa de caza. Mr. X Marmier, en sus cartas sobre la Holanda, dice que aquella sencilla embarcacion andará lo menos legua y media por hora. Pero molestaría mucho á los flemáticos holandeses si se permitiese semejante velocidad. Se detiene con suma gravedad en todas las esclusas, en todos los puentes, y en todos los ventorillos contruidos prudentemente á orilla del camino, de trecho en trecho. En cada parada, el piloto tiene algun grave deber que le llama al mundo terrestre: de un salto se planta en la orilla y desaparece. Inquietos los viajeros por no verle volver, marchan en su busca: el primer edificio que llama su atencion es la posada del lugar, con sus frascos de aguardiente y licores, su muestra pintada por algun Teniers moderno, y sus bancos colocados debajo de los setos, que parece decir á los pasajeros con una caridad cristiana: «Venid, todos los que estais cansados; aqui se encuentra el reposo; entrad los que teneis hambre y sed, porque aqui está el pan que alimenta, y el agua que templa la sed.» Imposible es el resistir á tan tierna invitacion: se entra, se bebe en el mostrador un vasito de aguardiente, se cambian algunas palabras con la posadera, que siempre es jóven y rubia, con los ojos azules, y los labios de color sonrosado: se pasa la vista por las columnas del diario de Amsterdam, y despues el piloto se presenta de repente buscando á sus viajeros, é invitándolos con dulzura á que vuelvan á emprender la marcha. De todas esas escursiones y paradas, resulta que vogando en el



Recuerdos de la Frisa.—Mujeres frisonas, segun el dibujo de Mr. Gauthier-Stirum.

*treckschuit* se anda en un dia menos camino que si se fuese á pie.

Los canales son, pues, todavia en Frisa, las vias de comunicacion mas frecuentadas. Si el viage en *treckschuit* es lento y monoton, es en cambio poco costoso. Se anda una milla por un stiver ó dos cuartos, y segun dicen los holandeses, es un medio admirable de transporte. Sin embargo, los canales no son solamente caminos que enlazan todas las ciudades y aldeas, sino que ademas sirven para dar paso y salida á las aguas, y casi siempre sirven de cercas, vallados y empalizadas. Los principales tienen mas de trescientos pies de ancho, y mas de treinta de profundidad: su fondo, por lo comun se encuentra mas elevado que el nivel de las tierras que atraviesan. Asi es, que si uno de sus diques se llega á rebajar ó destruir, todos los terrenos inmediatos quedan inundados. Pero la Frisa debe temer mas al mar que á los canales. Cuando se reflexiona en los peligros que sin cesar la amenazan, causa sorpresa el que sus habitantes no se la hayan abandonado hace mucho tiempo al Océano que se la disputa continuamente, y que quizá concluirá por apoderarse de ella.

¿Qué historia la de esta provincia!

En 1250, por no remontarnos mas, una inundacion hizo perecer en Holanda cien mil hombres, de los que setenta mil pertenecian á la Frisa. En 1287, el número de las victimas fue casi tan considerable y repartido en igual proporcion. En 1470, la Frisa, perdió en un dia veinte mil de sus habitantes, y en 1570 se repitió el mismo desastre. Aquel año, la mar se elevó once pies sobre el nivel de los diques, cubrió con mas de diez pies de agua las partes elevadas de la Frisa, y solo en la provincia de Groninga se tragó nueve mil personas y setenta mil cabezas de ganado. En 1686, volvió á pasar los diques mas de quince pies, destruyó mas de seiscientas casas, y convirtió toda la Frisa en un ancho mar. Una sétima inundacion general, la del 25 de abril de 1717, causó todavia mayores estragos: rompió la mayor parte de los diques, y sumergió doce mil personas, seis mil caballos y ochenta mil carneros y otros animales domésticos.

«La lucha de los elementos no ha cesado, escribia hace poco un viajero inglés: las olas se amontonan y encrespan como en tiempos pasados sobre las costas de la Holanda: los diques mas elevados y contruidos por un excelente sistema cedan algunas veces, y á pesar de los millones de florines que su conservacion cuesta cada año, este pais siempre en alerta, esperimenta pérdidas enormes. El riesgo que corren las provincias septentrionales, proviene menos de la violencia de un solo viento, que de los ataques sucesivos de muchos. Asi, por ejemplo, las olas del Atlántico ó del mar Polar, que un viento del noroeste impele delante de sí, vienen á estrellarse contra las costas de la Holanda; pero desviadas por estas costas de su curso primitivo, se dirigen hácia el Sur en donde causan comparativamente poco daño cuando los diques se encuentran en buen estado, á menos que no se acumulen hasta el punto de saltar por encima de ellos: pero si el viento, despues de haber soplado con fuerza del Norte ó del Sur, é impelido las olas en el mar del Norte, se vuelve de repente al Oeste, mientras que la corriente es todavia impetuosa en una ú otra de aquellas dos direcciones primeras, el nuevo viento amontona olas sobre olas, y las arrastra á las playas de la Holanda y de la Dinamarca; produce una marea de una altura extraordinaria; hace retroceder los rios Escalda, Mosa, Elba y Eyder, y supera todos los obstáculos humanos; ó bien soplando desde luego del Sur, gira mas completamente, y reúne por decirlo asi, las aguas en uno de esos vastos remolinos li-



La ciudad de Leeuwarden capital de la Frisa.



quidos, producidos como es bien sabido por las tempestades, y soplando en seguida con perseverancia del Noroeste, lleva las corrientes del Atlántico y del mar Polar, con el auxilio de las olas ya embravecidas: entonces desgraciado el Norte de la Holanda, y la Frisa: el Dollartzee, el Lauwerzee y el Zuyderzee se desbordan, y Amsterdam y los frisonos tiemblan y quedan consternados.»

Este viajero británico es digno de fe, y ciertamente puede que los frisonos tengan miedo cuando se ven amenazados de una inundación: pero en tiempos normales, sea que jamás piensen en los peligros del porvenir, ó que pensando en ellos tengan la conciencia demasiado tranquila para no inquietarse, no manifiestan ninguna emoción. Sería muy difícil encontrar fisonomías más placenteras que las de los frisonos en general. ¿Con qué calma y gravedad conduce el piloto su treckschuit? y todos aquellos aldeanos ó labradores cuyas barcas cruzan por delante de nosotros ó nos acompañan, y que van á la población inmediata á vender sus quesos y su manteca, principales producciones de la Frisa, están también tan serenos como sus mismos movimientos. Diríase que eran unos autómatas que se mueven por resortes, fabricados por artistas poco hábiles. En todas circunstancias se manifiestan tan económicos de gestos y de palabras, como de su dinero. Pero sobre todo no parece preocuparles esas combinaciones fatales de ciertos vientos y de ciertas corrientes, que podrían en algunas horas transformar su país en un vasto mar y sumergir á todos sus habitantes. ¿Es acaso efecto del clima? ¿es imitación? Los mismos animales, los bueyes y caballos, tienen un aspecto tranquilo que choca al viajero menos observador.

Pero como dice el proverbio italiano: *ché va piano, va sano; ché va sano, va lontano*; deslizándonos lo más suavemente posible por el canal por que navegábamos, llegamos á la capital de la Frisa, la ciudad más hermosa, rica y fuerte de toda la provincia.

Leeuwarden, ex-residencia del stathouder, y ahora del consejo supremo, está rodeada de murallas con árboles, que sirven de paseo. Vista desde lejos parece construida sobre el verde ramaje, pero en lo interior no se diferencia mucho de las demás poblaciones, sino en su extensión. Sus casas, como las de todas las ciudades frisonas, son de ladrillos pintados, conservados en un estado admirable de limpieza: tiene los mismos andenes de ladrillo, las mismas calles empedradas



Corredores de canales.

con losas de granito, los mismos paseos de tilos, los mismos canales, los mismos puentes, los mismos barcos, el mismo silencio y la misma soledad. En los balcones ni en las calles no se ven curiosos. En Holanda los negocios no se hacen con ruido, ni tampoco se trabaja en los oficios como en los demás países. El obrero se dirige lentamente á su trabajo, el comerciante toma con gravedad el camino de la bolsa, y los ociosos se sientan en las tiendas de licores sin gritar ni reír. Nadie hay menos sociable que el holandés. En la mayor parte de las casas hay una cadena de hierro que se extiende todo lo largo de la fachada, y que contiene á los transeúntes á cinco pies de distancia. Las puertas, pintadas y adornadas con un magnífico llamador de cobre, permanecen siempre herméticamente cerradas, y los balcones tienen por la parte interior una cortinilla blanca que ocupa todo su ancho. Diríase que eran mansiones desiertas ó habitadas por hombres sumergidos en un sueño fabuloso, como los personajes de

ciertos cuentos de hadas.... pero si llega un extranjero, dice monsieur Marmier, no se atendrá al aspecto exterior del país, tratará de penetrar las costumbres domésticas, y en el genio comercial de los holandeses, y de romper esa cubierta, á veces un poco seca y áspera, que encubre tantas cualidades excelentes, y amará la Holanda, y se felicitará y envidiará de hacerla la justicia que tan rara vez se le concede.

Además de los paseos de la muralla, Leeuwarden tiene un hermoso jardín que perteneció en otro tiempo al príncipe de Orange, y de que la ciudad se ha apoderado. Allí durante los calurosos días del estío, las señoras frisonas se deciden algunas veces á presentarse entre los paseantes con su rico traje nacional, y ejecutar incasantes y curiosas maniobras, ya para preservarse del calor del sol con el extraño sombrero con que cubren su cabeza, ya para impedir que se le lleve el viento.

Leeuwarden tiene casa de ayuntamiento, un tribunal, un colegio, tres casas para huérfanos, muchos hospitales, y once iglesias, aunque su población no pasa de veinte mil almas. Pero el único edificio ó establecimiento que merece ser visitado, es su cárcel. Se elogia mucho la sabiduría de sus reglamentos, los buenos resultados obtenidos por la habilidad de los directores, la clasificación de los detenidos, etc. Además, ciertos filántropos han demostrado que es la casa de corrección de toda Europa en donde los presos se hallan alojados en unas pequeñas

habitaciones, y en donde menos cuesta su alimento. Han llegado á hacerlos vivir casi sin respirar ni comer. Esta cárcel modelo, es con razón una de las curiosidades de la Holanda.

Los huérfanos de Leeuwarden serían quizá sometidos al mismo régimen de los confinados, si uno de los niños criados en el hospicio de aquella ciudad, Jacobo Martín Bajée, que murió en la India sin herederos, no les hubiese dejado en su testamento 550,000 florines. Reconocidos sus compatriotas, le han elevado en medio del patio del hospicio una pirámide de hierro fundido con la inscripción siguiente: «A Jacobo Martín Bajée, miembro del gran consejo de las Indias, bienhechor de este hospicio: nació en Leeuwarden el 9 de setiembre de 1752: entró en esta casa el 19 de julio de 1762, y salió de ella el 29 de abril de 1772: murió junto á Batavia el 15 de febrero de 1825.» Se lee además en otra cara del monumento. «Elevado por la gratitud el 9 de setiembre de 1855.»



Vendedor de queso y manteca de las inmediaciones de Sneek.



Al Oeste de Leeuwarden, y cerca de las murallas, se eleva una antigua y enorme torre de ladrillo, que se ve desde tres leguas á la redonda. Segun la tradicion, hace quinientos años que las aguas del Océano bañaban esa torre, y que ahora se ha alejado cuatro leguas. Otros monumentos no menos antiguos parecerían probar que en cierta época la mar ocupó en efecto todas las tierras situadas al Oeste y al Norte de la Frisa desde Harlinga hasta mas allá de Leeuwarden. ¿Es definitiva esta conquista del hombre sobre la naturaleza? El mar no volverá jamás á tomar posesion de sus antiguos dominios? Es permitido esperar, porque el dique que ahora se estiende por toda la costa de la Frisa, es una de las principales maravillas de la industria humana en general, y de la paciencia holandesa en particular. Así, la seguridad de los frisonos, es completa, y si recordando lo pasado los extranjeros que visitan ese pais artificial se inquietan algunas veces por el porvenir, sus habitantes gozan del presente a su manera, sin temer, al parecer, las eventualidades de mañana.

### Una historia que se parece á otras.

Ahora que tanto llamó la atencion el casamiento de nuestra compatriota la condesa de Teba con el emperador de los franceses, nos parece que será leída con gusto la siguiente anécdota contemporánea.

Hubo en un tiempo una joven tan hermosa y tan buena, que si el príncipe mas grande de la Europa la hubiera encontrado en una choza, habria dejado todas las princesas para entregarla su corona y su mano. Esta joven, lejos de haber visto por primera vez la luz del día en una cabaña, habia nacido en el trono mas elevado del mundo. Era María Nicoláwna, hija adorada del emperador de Rusia.

Viéndola crecer con la lozanía de la flor de mayo, y que todos los herederos de los soberanos la anhelaban, el czar puso su vista en el mas gallardo, rico y poderoso; y dirigiéndose á su ídolo con la sonrisa de un padre y de un rey, — ¡Hija mía, la dijo, ya te hallas en edad de contraer matrimonio, y he elegido al príncipe que debe hacerte reina, al hombre que debe hacerte dichosa.

— ¿El hombre que debe hacerte dichosa?... balbuceó la princesa ruborizada, y exhaló un suspiro que fué el único desahogo de su corazón. Hablad padre mio, prosiguió al ver que el czar fruncia el entrecejo, hablad, y vuestra magestad será obedecido.

— ¿Obedecido?... exclamó el emperador temblando por la primera vez de su vida, es decir, que solo por deber recibirás un esposo de mi mano.

La joven guardó silencio y procuró ocultar una lágrima...

— ¿Has prometido á alguien tu cariño?

La joven no contestó.

— María, te mando que me expliques...

Al oír aquella palabra que ponía en movimiento cincuenta y cinco millones de hombres, la princesa se arrojó á los pies del czar.

— Pues bien, si, padre mio, mi corazón ya no me pertenece. Lo he entregado á un joven que ni lo sabe ni lo sabrá jamás, si tal es vuestro deseo. No me ha visto mas que dos ó tres veces de lejos... y nunca nos hemos hablado, no nos hablabamos en la vida si vuestra magestad lo prohibe.

El emperador guardó silencio á su vez, estaba pálido, y dió tres vueltas por el salon, sin atreverse á preguntar el nombre del joven... El, que por un capricho habia desafiado á todos los monarcas de Europa á la cabeza de sus ejércitos, temía en medio de su omnipotencia á aquel desconocido que le disputaba su mas precioso tesoro.

— ¿Es un rey? preguntó por fin.

— No... padre mio...

— ¿O al menos el heredero de un rey?...

— No, señor...

— ¿Un gran duque?

— Tampoco.

— ¿Un hijo de familia reinante?

— No... padre mio...

Y á cada escalon que descendía, el czar se detenía desalentado.

— ¿Un señor ruso?

— No... padre mio...

— ¿Un extranjero?

— Si... padre mio...

El emperador se dejó caer en un sillón, y ocultó su cabeza entre sus manos... como Agamenon en el sacrificio de Ifigenia...

— ¿Está en Rusia?... prosiguió con esfuerzo.

— Si... padre mio.

— ¿En San Petersburgo?

— Si, padre mio...

Y la joven iba bajando la voz.

— ¿En dónde le veré? dijo el czar levantándose airado.

— Mañana en la revista...

— ¿En qué le reconoceré?

— En su dignidad y gracia... Es el caballero mas hermoso de Europa, despues de vos, padre mio...

— ¿En qué le reconoceré?... repitió el czar golpeando violentamente el suelo con el pie...

— En su penacho verde y su caballo negro.

— Está muy bien... vete hija mía, y ruega á Dios que tenga compasion de ese hombre.

La princesa se retiró desfallecida, y el emperador quedó abismado en sus reflexiones.

— Caprichos de niña... dijo para sí al cabo de un rato, soy un necio en inquietarme... ella le olvidará... Si, es necesario que le olvide... Y sus labios no se atrevían á pronunciar lo que añadia su corazón.

— ¡Es preciso, porque todo mi poder seria menos fuerte que sus lágrimas!...

Al día siguiente en la revista, el emperador con su mirada de águila lo abrazaba todo de una ojeada, no buscaba ni veía en sus batallones mas que un penacho verde y un caballo negro... Reconoció, en el que llevaba el uno y montaba el otro, al coronel del regimiento de caballería ligera de Baviera, Maximiliano José Eugenio Augusto Beauharnais, duque de Leuchtenberg, último hijo del de Josefina, emperatriz de un momento en Francia, y de Augusta Amelia, hija de Maximi-

liano José de Baviera, caballero efectivamente admirable y encantador, pero tan inferior entonces á María Nicoláwna, como un soldado á un emperador.

— ¿Será posible? decía entre sí el czar, enviando á llamar al coronel para volverle á enviar, sin duda, á Munich...

Pero en el momento de anonadarle con una palabra, se contuvo al ver á su hija desmayada en su carruaje.

— Ya no cabe duda... pensó... él es...

Y volviendo la espalda al estranero estupefacto entró con María en el palacio imperial.

Durante seis semanas se ensayó cuanto puede sugerir la prudencia templada con el amor y la severidad, para borrar la imagen del coronel del alma de la princesa... al fin de la primera semana estaba resignada, al concluir la segunda lloraba á escondidas, al terminar la tercera lloraba en público, al espirar la cuarta quería sacrificarse á su padre, al fin de la quinta caía enferma, y trascurrida la sexta iba á morir.

El coronel de Baviera viéndose en desgracia en la corte, sin que se atreviese á confesar por qué, no esperó el permiso para incorporarse á su regimiento... y ya habia tomado el camino de Munich, cuando fue á buscarle un ayudante de campo.

— Si hubiese partido ayer, decía, hubiese evitado lo que me aguarda... Al primer relámpago es preciso apartarse del rayo.

Pues bien, he aquí el rayo que le estaba reservado... hicieronle entrar en la cámara en donde solo son recibidos los reyes. El emperador tenia el semblante pálido y humedecidos los ojos, pero su aire era firme y resuelto.

— Coronel duque, le dijo envolviéndole y penetrándole con una mirada, sois uno de los oficiales mas hermosos de la Europa. Dicen tambien, y yo así lo creo, que teneis un entendimiento muy elevado, que habeis recibido una educación científica y esmerada, que teneis mucho gusto en materia de artes, un corazón noble y un carácter leal... ¿Qué os parece la gran duquesa mi hija María Nicoláwna?

Aquella pregunta á quema ropa dejó aturrido al joven que (ya es tiempo de decirlo) admiraba y adoraba á la princesa aun sin quererlo, como un simple mortal adora á un ángel del paraíso, como un artista adora el ideal de la belleza...

— ¿La princesa María, señor?... exclamó por fin, leyendo en su corazón, sin atreverse á leer en el del czar, vuestra cólera me aniquilaria si os dijese lo que pienso de ella, y la felicidad me mataria si me permitisiese decirlo...

— ¿La amais?... está muy bien, replicó el czar sonriéndose con dulzura.

Y la real mano de que esperaba el trueno le entregó el despacho de ayudante de campo general del imperio, de comandante de caballería de la guardia y del regimiento de husares, de jefe del cuerpo de cadetes de ingenieros minadores, de presidente de la academia de artes, de individuo de la academia de las ciencias, de las universidades de San Petersburgo, Moscu, Kasan, del consejo de las escuelas militares, etc. con el título de alteza imperial, y algunos millones de renta.

— Ahora, dijo el czar al joven, loco de contento, quereis dejar el servicio de la Baviera y ser esposo de María?

El oficial no pudo hacer mas que caer de rodillas y bañar con sus lágrimas las manos del emperador.

— ¡Ya veis que tambien amo á mi hija!... dijo el padre levantando á su yerno y estrechándole entre sus brazos...

El 14 de julio siguiente la gran duquesa habia recobrado la salud y la vida, y el duque Beauharnais de Leuchtenberg se casaba con ella en presencia de los representantes de todas las familias reales de Europa.

Semejante acto de amor paternal, merecia al czar y á su hija un siglo de felicidad... El cielo que tiene sus secretos lo dispuso de otro modo. El viernes 5 de noviembre del año último, el duque de Leuchtenberg murió á la edad de treinta y cinco años, digno hasta el fin de su grandioso destino, dejando á María Nicoláwna un pesar eterno.

Todos los príncipes jóvenes del mundo se disputan todavía su mano, pero ha sido muger demasiado feliz para consentir en ser reina.

### Un baile de máscaras.

#### I.

Han dado las doce... ¡las doce de la noche! hora de tragos, duendes, brujas y demas familia que ciertamente no pertenece á la corte celestial. Individuos aislados, amantes y solitarios parejas y bulliciosos grupos cruzan en animado coloquio por las lóbregas y nada limpias calles de Madrid. Los faroles lanzan una luz fatídica y sombría, amortiguada un tanto por la densa niebla que los envuelve semejante á una gasa funebre. Todos al parecer van contentos: unos con careta y otros sin ella; unos en carroza y otros *ad pedem littere*, ó lo que es lo mismo, á pata; unos con la esperanza de divertirse, y otros divirtiéndose ya con el fresco airecillo que sopla del cano Guadarrama, cargado de pulmonías, catarros, resfriados y otras yerbas anti-flojísticas.

Al ver aquella animada muchedumbre, al oír sus palabras quien no se dice:

No todo es la vida dolores y quebranto,  
No todo decepciones, pesar y desencanto,  
Ni siempre atribulado palpita el corazón:  
Tambien hay vaporosos instantes de ventura,  
Que son en nuestros días lo que es en noche oscura  
Un rayo de la luna que rompe el escudron  
De tenebrosas nubes que en derredor se agrupan,  
Absorben su luz tenue y el ancho espacio ocupan  
Como el dolor ocupa la vida del mortal:  
Espléndidos ensueños, febriles emociones,  
Fantasmas de un minuto, dorados eslabones  
Que al mundo nos sujetan con lazo terrenal!

Perdon ¡oh lectores! me siento inspirado, y es fuerza que me deje arrastrar del entusiasmo lírico que me domina. Si Dios no lo remedia, todo este artículo irá en prosa y verso, porque ¿cómo no remontarse cuando las ideas que se nos ocurren, para ser ó parecer gratas, risueñas, poéticas, en

una palabra, solo exigen que las presentemos en el lenguaje metafórico y ambigüo del idioma de los dioses?... Si os hablaste en rastrera prosa, me veria obligado á deciros que un momento de verdadera alegría es tan raro en nuestra misera existencia, que bien vale la pena de ir á buscarle hasta en un baile de máscaras, aunque el *espléndido ensueño*, el *fantasma de un minuto* y los *dorados eslabones* (no aludo á lo que os haya costado el billete), se reduzca á encontraros allí con alguna amable prójima, doncella, casada ó viuda, protestante, católica ó sarracena, aristócrata, demócrata ó *proudoniana*, y á las bromas mas ó menos estólicas con que os festejen y festejéis á los demas. ¡Ay!

El corazón humano, cual armoniosa lira,  
Frenético se agita, ó lánguido suspira,  
Al choque de las penas ó al choque del placer:  
Sus cuerdas escondidas resuenan vibradoras,  
En esas divinales ó maldecidas horas,  
Presente de los cielos ó don de Lucifer!

Todos somos algo estúpidos por naturaleza, y á veces el motivo mas insignificante basta para hacernos sonreír ó asomar las lágrimas á los ojos. Seguro estoy que si en casos dados fuéramos preguntando á hombres y mugeres por qué estaban tan alegres ó tristes, no sabrían qué respondernos.

Pero volvamos á los que hemos dejado atravesando las calles de Madrid á paso de trote, y recogiendo al vuelo el billete de alguno que lo deja caer, y al sacar apresuradamente el pañuelo para resguardarse del cefirillo de que hablamos no ha mucho, marchemos con la multitud; penetremos en el local del baile; abalancémonos á la guardarropiá (¡recuerdo nefando!!!), y aprovechándonos de la confusion, atrapemos inadvertidamente y sin querer (en calidad de préstamo), la contraseña y el bulto de algun usurero ó agiotista (á fin de acudir á los gastos imprevistos, y si es posible cambiar luego de capa ó gaban, solo para que no le conozcan á uno á la salida), y entremos audazmente en el salon.

Entremos en el salon... yo no os diré en cuál... para mi objeto todos son iguales, porque en todas partes cuecen habas, como dice la comedia; lo mismo en los salones del teatro Real que en los del Casino, Drama, Matritense, Capellanes, La Juanita, la Floreciente, etc., etc., etc., todo es cuestion de peseta mas ó peseta menos, y nosotros los que tenemos la noble cuanto heroica mision (porque ayunamos muy á menudo), de escribir para cierta parte del público (como especieros, boticarios, confiteros, etc.), ilustrando á las masas (que envuelven en nuestros garabatos) de la confusion, atrápanos á toda clase de diversiones, ora en alas de la imaginacion, ora por carambola, ora merced á nuestra pluma (de avestruz) como redactores, *attachés* ó colaboradores *in nomine* de un periódico, y siempre *gratis et amore*. Verdad es que tambien hay muchos y muchas que sin ser literatos ni literatas gozan de igual privilegio.

Entremos en el salon, repito, y dejemos la aclaracion de este intrincado problema *metalicoso* á los empresarios. Ellos sabrán deciros cómo y por qué la mitad ó las tres cuartas partes de los concurrentes al baile se encuentran allí *de gorra*, aunque dicha gorra no se vea porque los hombres la llevan oculta en sitio reservado, y las mugeres... no hemos podido averiguar dónde.

Ya nos encontramos en el centro del salon: la concurrencia es numerosa y brillante... de lentejuelas ó de un barniz enemigo declarado del jabon y el agua; ya á empezar el baile, y reina grande animacion y algazara.

— ¿Me conoces?

— Te conozco.

— ¡Adios, mascarita!

— ¡Eres muy feo!

— En cambio tú eres divina.

— Te equivocas.

— ¡Si te conozco!

— ¡No!

— Si.

— ¿Cómo me llamo?

— N.

— ¡Ah! ¡ja! ¡ja! ¡ja! no soy la que te imaginas.

— Déjame ver tu mano.

— Tómalala.

— Muéstrame la barba. (Aquí el interlocutor levanta la punta del antifaz á la interrogada.)

— ¡Piano! ¡piano!

— ¡Tienes una boca encantadora!

— Poco á poco, señor mio, nada de tocar.

— ¿No eres tangible? (1).

— No entiendo esa palabra... Adios.

— Oye...

— Adios... hoy tocas el violon.

— Y tú el violin.

A esto se reducen con algunas variantes mas ó menos insípidas, los interesantes diálogos que se oyen en todas direcciones.

Al través de las caretas  
Las miradas centellean,  
E insolentes se pasean  
Por cuantos en torno ven.  
O se fijan pertinaces  
En algun semblante bello,  
Que tímido vuelve el cuello  
Entre recelo y desden.

He notado que las que acostumbran ir á los bailes de máscaras sin disfraz, son por lo general bonitas, y que esquivan ó fingen esquivar las antropófagas miradas de éxtasis no divino, y de envidia con que las asedian sus rivales ó aficionados. Sin duda porque

Esas miradas saliendo  
De máscaras y capuces,  
Al resplandor de las luces  
Algo tienen de infernal;

(1) Cosa que se puede tocar en un punto, segun el diccionario de la Real Academia.



Y el ojo que brilla ardiente  
En aquel cóncavo oscuro,  
Ejerce de la serpiente  
La fascinación fatal.

Prescindiendo de las mugeres, que por costumbre y escaso de caridad son envidiosas, según dicen ellas mismas, los recuerdos del paraíso (no es alusión al del teatro Real), hacen desconfiadas a las pobres hijas de Eva tocante a los hombres; porque entonces, solo entonces, al través de la máscara pueden leer sus perversas intenciones retratadas en la expresión carnívora de sus ojos. No es extraño, pues, que cuando alguno las mira con demasiada contumacia, las infelices vuelvan la cabeza entre pudorosas y horripiladas. ¡Va tanto culebrón a esos bailes!

Pero dejemos que allá se las compongan como Dios ó el diablo les dé a entender, y prosigamos nuestro examen filosófico-eclectico-plástico-sintético-estético.

La música, el movimiento,  
La variedad de los trages,  
Ademanos y visages  
Del fantástico tropel,  
Un vértigo indefinible  
Despiertan en el que atento  
Y silencioso, un momento  
Los observa a su placer.  
Un vértigo, sí, delirio,  
Que confusas de repente,  
Mil ideas a la frente  
Va agolpando en rebelión.  
Y el hombre que ha meditado  
Sobre la existencia, entonces  
Siente una mano de bronce  
Desgarrar su corazón.

¡Pobre humanidad! esclama,  
Pobre mundanal comparsa,  
Que siempre en eterna farsa  
Tu existencia correr ves,  
Y así riendo ó llorando  
Sin saber por qué, deliras,  
Y el lazo traidor no miras  
Que la muerte arma a tus pies!

Por fortuna la orquesta da la señal de empezar el baile, y con la primera nota de la música se disipa el vértigo con todas sus anexas y conexidades, como dijo en cierta ocasión un periódico a propósito del entierro de la sardina. Dirán vds., caras lectoras, que esta cita es algo inconexa; pero así como así, sardina por sardina, una gran parte de la humanidad, personificada en la gente que acude a los bailes de máscaras, nada tiene que envidiar al marisco, ave ó cuadrúpedo que llevan a enterrar al canal el miércoles de ceniza. Los y las habitantes de Madrid no tienen fama de gordos, ni el clima de este último es tampoco el más a propósito para adquirir el envidiable desarrollo de panza y algún otro admiñículo que tanto recomendaba al buen Sancho-idem. Ruego que se tenga presente esta advertencia para mas adelante.

## II.

Ha empezado el baile... El wals llama con sus violentas, armónicas vibraciones a sus numerosos apasionados.

Mirad!... en ágil  
Trémula danza,  
Cuál la esperanza  
Rápidas van,  
Bellas parejas  
Girando en coro,  
Cual mariposas  
De azul y oro,  
En torno al cáliz  
Del tulipán.

Esto no quiere decir que muchas de las parejas, en vez de valsar, no vayan dando traspiés como veodos, viniendo a confundirse con el cuadro muy respetable de pollos y pollan-croni, que en columna cerrada se ha instalado en el centro del salón, y que poéticamente he comparado con el tulipán alrededor del cual giran las mariposas.

Cruzan y pasan  
En torbellino,  
Cual repentino  
Sueño feliz;  
Como las nubes  
Que el sol colora,  
Cuando radiante  
Viene la aurora  
Y las esmalta  
Con su matiz.

Los efectos del torbellino y de las nubes que se precipitan y se agrupan en el horizonte a la salida del astro-rey, son harto conocidos para que me detenga a enumerarlos. Esa metáfora se explica con algunos rudos ó suaves empellones, codazos, pisotones, golpes en las costillas, en el pecho, en las espaldas, en el abdomen ó mas abajo de la cintura... á beneficio de inventario, y sin perjuicio de todas, por el suelo dos ó mas parejas poniendo en evidencia... su torpeza.

Brillan sus ojos  
Embragadores,  
Como entre flores  
La juventud;  
Como una imagen  
De amor ardiente  
Cuando el espíritu  
Lucha inocente  
Con sus deseos  
Y la virtud.

Aparte lo de la inocencia, que en nuestra época y en la corte es planta exótica y muy rara, según afirman los sabios

horticultores de la carrera de San Gerónimo, Príncipe, etc. ¿quién es capaz de adivinar lo que encontraría un alquimista moral en el análisis del brillo indefinible de aquellos ojos animados por la embriaguez del baile (y el movimiento continuo), por el sentimiento (y uno de los pecados capitales), por la pasión (y el hombre?) He oído decir — no lo aseguro, — que muchos del sexo bello chispean de placer con la esperanza de inducir a su acompañante a que entre en la cofradía de San Marcos, ó con la perspectiva de una cena espléndida; y que no pocos del sexo feo reverberan como ascuas encendidas creyendo ¡oh insensatez capigorrón! que la que su dueño (de los ojos) lleva en sus brazos erguido y triunfante, en vez de una pobre costurera, modistilla ó joven coreógrafa (a) comunista, es alguna duquesa (sin un ducado se entiende) ó cuando menos alguna dama ilastre (por su vida y milagros) del gran mundo (suprimase el gran) dispuesta a seguir con él el sublime precepto evangélico que manda dar de beber al sediento y que proclama la *liberté, l'égalité et la fraternité*, entre todos los individuos é individuos de la estirpe de Adán, nuestro padre común. No sé con qué fundamento circulan siempre en los bailes de que voy hablando, estos y otros rumores, y siento en el alma que los estrechos límites a que por fuerza tengo que sujetarme, no me permitan detenerme a investigar el origen de tan envidiosas y gratuitas suposiciones. Continuaremos nuestro relato.

Ya el wals toca a su término; ya se interrumpe; ya la fugitiva cohorte se desbanda y se dirige paso a paso y en indolente calma en busca de asientos. Entonces ellos y ellas hablan a media voz, y aunque no se entiende lo que se dicen,

Tierno, armonioso  
Vibra su acento,  
Como el lamento  
De harpa fugaz;  
Como el murmullo  
De los jardines,  
Cuando las brisas  
En los jazmines  
Un beso ponen  
De amor y paz.

Hay quien dice que este murmullo imita al *De profundis* ó al zumbido de los abejones, y que aturde y marea a las personas de largas narices, porque suele ir acompañado de ciertas emanaciones, producto del calor humano y de la evaporación de ciertos gases que no son de claveles ni de agua de azahar.

Al wals siguen los rigodones, las polkas, las mazurkas, los schostichs... y como en todos se repiten las mismas escenas, bien puedo yo escusarme de repetir lo que he dicho al hablar del primero.

La noche, entretanto, sigue su curso, rápido é inapercibido para unos, que son los menos, y lento y fatigoso para otros, que son los mas.

Es indudable, que de mil personas que asisten a un baile de máscaras, las ochocientas noventa cuando menos, están mortalmente fastidiadas a las dos ó tres horas, aunque aparenten y digan lo contrario. Al cabo de ese período, la concurrencia puede dividirse en dos secciones: locos ó sabios que se divierten ó creen divertirse, y cuerdos ó tontos que no se divierten y contribuyen con su presencia a la diversion de los demás.

Sin embargo, todo está perfectamente compensado en el mundo: todo placer esconde en sí un germen de dolor, y todo sacrificio lleva consigo una especie de redención. ¡Ay de los que se regocijan, y bienaventurados los que se fastidian!

Pasará un instante, pasarán dos días,  
Y en pos de esas horas tan tristes y frías,  
Horas de ventura para estos vendrán:  
De adverso destino venciendo la saña,  
El ceño importuno que su rostro empaña  
En dulce sonrisa trocarse verán.

Y en pos de la dicha que gozan sedientos  
Felices aquellos, vendrán los momentos,  
De acerbo infortunio, de intenso dolor;  
Y entonces al soplo del hado inclemente,  
La verde guirnalda que adorna su frente  
Caerá hoja por hoja, marchita en su albor!

¿Creeis que me chanceo?... Recordad que los que mas gozan en esa clase de espectáculos, no están asegurados de incendios, y corren el riesgo de perder toda la noche enamorando a algún vetusto pimpollo, contemporáneo de Carlos IV, á alguna seductora esfinge, escapada del Retiro, á quien mas valdría decir con un célebre poeta:

Dejémosla pasar como la fiera  
Corriente del gran Betis....

á alguna cándida paloma (de vuelo bajo), ó lo que es peor, á su propia angelical diabólica consorte. Considerad el horrible y espantoso trance por que pasa el que lleva todo su caudal en el bolsillo, y cuando menos lo espera, arrastrado por la fatalidad como Edipo ó Agamenon, se ve obligado á acompañar al matadero, á la guillotina, á la horca, al banquillo, al tablado, al garrote, al comedor, en una palabra, á alguna Pepita ó Mariquita, Eliogábalo femenino que le *despepita y quita* hasta las ganas, no de comer, eso nada importaría, la dieta siempre es provechosa, según Broussais, Raspail y otros médicos célebres, sino hasta las ganas de abrir la boca en toda la noche y quizá en todo el mes ó el año. Considerad los lances y perances á que se espone el que se entrega audazmente al contrabando en épocas de suma vigilancia, y cuando cree que va á cosechar el fruto de sus afanes, se encuentra de buenas á primeras en algún rincón, pasadizo, gabinete ó silla aislada, con algún guarda de la hacienda... agena, tan celoso de su deber y prerogativas como un padre, amante ó marido, que le interpela, ora ofreciéndole una tarjeta con su nombre; ora aplicándole la punta de la bota en el polo antártico boreal de su cuerpo; ora pasándole tan suavemente por las megillas su mano, que le hace tragar media docena de dientes y muelas. Considerad los tristes recuerdos y dolorosas reliquias que en tales noches suelen dejar en mas de un pecho terrenal las flechas *envenenadas* del traidor Cupido, niño ciego, estrava-

gante y perverso, que en Madrid, con mas frecuencia que en ningún otro rincón de la hispana monarquía, nos obliga á tragarse gato por liebre y *sardina* por besugo. En suma, recordad cuán espuestos están á servir de locomotores, en figura de diablos, al finado Eolo de Montemayor, que según las últimas noticias se ha hundido en los profundos abismos, los que salen ya ardiendo, física y moralmente del baile, y respiran de pronto la salubridad, inofensiva y tibia brisa matutina de esta heroica villa, perfumada con los effluvijs de ciertos pozos y carros que han inmortalizado el nombre de Sabatini... Considerad todo esto y algo mas que callo por no ofender á los oídos castos y piadosos, y decidme luego, si los que se han aburrido en el baile y bostezado mas de una vez, por no encontrar nada de lo que hubiera podido distraerlos agradable é inocentemente, no darán despues gracias, y muy espresivas, á Dios, por haberlos preservado de los azares y contingencias que traen consigo tales distracciones infantiles.

No quiero hablar de esas horribles mistificaciones, de esas burlas de mal género, de esas pesadas y alevosas chanzonetas, hijas de un ruin espíritu de venganza, que algunos cobardes se permiten, diciendo con la careta lo que no serian capaces de decir sin ella. Tampoco quiero hablar de esas dulcissimas ó candorosas ilusiones, nacidas y muertas en el espacio de una noche. ¡Cuántos y cuántas lanzan un suspiro involuntario cuando á fuerza de ruegos, antes ó al fin del baile, consiguen ver el semblante que se ocultaba detrás del misterioso antifaz! Hombre y muger hay que si pudiera convertir en polvo con una sola mirada á su *ex-adlatere*, no le miraría dos veces. Entonces, aunque tarde, se arrepienten de su curiosidad, y antes que perder para siempre su divina ilusión, hubieran deseado vivir con la deliciosa incertidumbre de la esperanza y las vagas quimeras de su propia fantasía. No de otro modo:

De la vida humana las fases distintas,  
Cuál lúgubre cuadro de variadas tintas,  
Que ilumina un rayo de nocturna luz,  
Sarcástica cifra con matices varios  
Pintan entre sombras, cuando temerarios  
Levantar osamos su negro capuz!

Por supuesto que cuando las cosas llegan á este estado, es generalmente cuando el baile está para concluirse. La luz del alba empieza á penetrar por las hendiduras de las ventanas y claravoyas del edificio, y esta luz, confundiendo con la artificial, da un colorido sulfúreo, cadavérico y desencajado á las fisonomías. Las mugeres mas feas y los viejos mas verdes son los primeros que lo notan, y se apresuran á retirarse. Los hombres las siguen á guisa de lacayos, y creciendo velozmente, como las aguas de una esclusa al abrirse la plancha que las contiene, la multitud se precipita, se empuja, chilla, se codea y obstruye el paso, ansiosa de llegar cuanto antes á los ventanillos de los guardarropías.

¡Los guardarropías!... Ah! no quiero, no, no quiero ni aun volverme á acordar de semejantes monstruos cetáceos, mas terribles que el minotauro de Creta! Son tardos, malos, detestables é inútiles!... Disimulad mi justa cólera, lectores... El año pasado en el primer baile del teatro Real mi frac *único*, mi *único* frac, sufrió una herida ancha, profunda, enorme, incurable, que me obligó á escribir mas de un artículo, á fin de dar su jubilación al susodicho frac. *Labitur ex oculis mun quoque gutta meis!*...

Así, nadie estrañará que en vista de tan ominoso recuerdo, no tenga fuerza para contar lo que *pasa despues del baile* y me contente con tararear por despedida la siguiente estrofa:

(Aire de la Atala.)

Cual sucede al placer el hastío,  
Cual sucede la muerte á la vida,  
Como el llanto al dolor homicida,  
Como el flujo al reflujo del mar;  
En el mundo por ley misteriosa  
Todo muda de faz, se deshace  
Y con forma distinta renace  
Para luego á su esencia tornar.

Lo que equivale á decirnos filosóficamente una gran verdad... de Pero Grullo, á saber: que tras el gusto viene el disgusto, tras la sinfonia la agonía, tras la algazara y los brindis del festín, los cólicos, los dolores de cabeza, los constipados, etc., representándose de ese modo la farsa humana bajo nuevos y distintos aspectos, sin perjuicio de continuar en el día inmediato ó en los siguientes bajo el mismo pie que el anterior, girando siempre, hombres y mugeres en el mismo círculo de hierro: el dolor y el placer, la verdad y la mentira, la ilusión y la realidad; círculo fatal del que solo puede arrancarnos la poderosa mano de la muerte!

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

## Noticias generales.

NOTICIAS MILITARES. El contingente de las fuerzas militares de los estados que componen la Confederación Germánica, de comonia hasta ahora un 1 por 100 del número de habitantes. Se trata de aumentarle con 1/2 por 100. Es por consiguiente de sumo interés conocer el verdadero estado de fuerza que hasta ahora ha tenido el ejército federal.

Los diez cuerpos de ejército ascendieron en 1832 á 292,377 hombres, correspondiendo 216,545 á la infantería de línea, 41,588 á cazadores, carabineros y tiradores; 40,734 hombres á la caballería; 20,977 á la artillería, y 2,915 al cuerpo de ingenieros.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico calle de Santa Teresa, número 8.



## Los bailes; escenas de costumbres.



¡No ha venido nadie todavía! ¡Qué lástima de luces ardiendo solas!



Carolina, este caballero te hace el honor de invitarte a bailar. (Bajo á la niña). Sé amable que tiene tres mil duros de renta.



Ese hombre es una calamidad; ¡cincuenta helados y apenas ha empezado el baile!



Señora, los músicos piden aun de beber.—Esos truhanes creen sin duda que los he llamado para que hagan bailar mis botellas.



Es magnífica la pareja que me ha buscado vd.—Su figura vale poco, pero su estómago no tiene rival.



Parece, amigo mio, que no se cena. ¡Si!... pues disminuyo mis gastos suprimiendo los guantes nuevos.



La señora marquesa espera su carroza. (Un criado anunciando.)—El coche de plaza de la señora marquesa está á la puerta.



¡No vuelvo á dar en mi vida un baile! Ni uno solo de estos descortesés ha venido á invitarme.



El dueño de la casa merece toda consideracion: los bailarines bien educados no faltan á ella jamás.